

 <https://doi.org/10.32735/S2735-61752023000203132>

## **ARMANDO CARTES MONTORY**

*El cementerio de Concepción, patrimonio recobrado*

Ediciones del Archivo Histórico de Concepción  
Pehuén Editores, Concepción, Chile (2021)  
ISBN 9789569657184, 240 págs.

*Reseñado por*  
*Gustavo Campos Jegó*  
*gustavo.campos@uaysen.cl*  
*Magíster en Historia de Occidente*  
*Universidad de Aysén*  
*Coyhaique, Chile*

El cementerio es un lugar simbólico de la ciudad. En nuestra civilización cristiana occidental la manera en que las personas se han relacionado con la muerte ha ido variando en el tiempo y aquel lugar de descanso eterno, es un ejemplo de las transformaciones que nuestra sociedad ha experimentado.

Relevando su valor histórico, el destacado historiador Armando Cartes Montory, quién es Dr. en Historia, abogado y académico, ha publicado el libro "El Cementerio de Concepción, Patrimonio Recobrado", bajo la editorial del Archivo Histórico de dicha ciudad. En sus 240 páginas desarrolla una notable descripción de la reconstrucción histórica y posicionamiento del valor patrimonial del camposanto penquista.

El libro nos genera más de una impresión, pues no sólo es el corpus de la investigación, sino que también contiene seis microhistorias que nos sumergen en la profundidad de los antecedentes expuestos, haciéndolo un libro, si bien, voluminoso, didáctico y con una sobresaliente propuesta gráfica que acompaña al público lector en todo momento.

Tras una emotiva introducción y espectaculares fotografías aéreas del

cementerio penquista, el primer capítulo nos sitúa en el contexto de los camposantos coloniales en la antigua provincia de Concepción. Fijando sus ubicaciones, se describe cómo estos lugares fueron experimentando transformaciones y deterioros que, tras el proceso de independencia y bajo el paradigma naciente de la modernidad, devinieron en el Decreto Supremo de 31 de julio de 1823, que ordena la instalación de panteones en todos los pueblos de la república. A juicio del autor, este es el hito inicial de la consolidación del cerro Chepe como el lugar para la instalación del cementerio general de Concepción. Se describe también, el difícil proceso de posicionar institucionalmente el cementerio penquista en una sociedad católica hasta el extremo y la inexperiencia de los primeros años, tanto de funcionarios como de gestiones. Otro punto de inflexión es 1844, año en que se inician las obras de construcción del cementerio. Cierra el capítulo, la descripción que realiza Recaredo Tornero, en su Chile Ilustrado de 1870, que da cuenta de la consolidación del cementerio de Concepción en aquel periodo.

El segundo capítulo, con énfasis en el siglo XIX, describe las dificultades de la administración y del funcionamiento interno



del cementerio, como el acceso al camposanto que, carente de recursos para contar con pavimentación y otras bondades de la urbanización, fue en ocasiones, un espacio donde los límites del orden eran muy susceptibles de transgredirse, como se aprecia en las vicisitudes del trayecto desde Chiguayante, donde la lentitud de las procesiones obligaba a los deudos a buscar refrigerio en los denominados “quitapenas”, nombres ocasionales dados a los bares ubicados en las cercanías al cementerio, perdiéndose muchas veces semanas completas de jornadas laborales por retrasos y demoras (Cartes, 2021, p.64). En palabras del propio autor:

El camposanto se hallaba lejano a la urbe, con malos caminos y barriales; y en una sociedad todavía muy católica, le costaba competir con el influjo de los templos urbanos. El entierro en Chepe era más una obligación que una estación añorada. (Cartes, 2021, p.71)

La segunda mitad del siglo XIX trajo consigo el progreso material y la incorporación de Concepción a una economía dinámica, con mayores inversiones de capital y participación de accionistas y empresarios, tanto nacionales como extranjeros. Este proceso se fue haciendo cada vez más evidente al finalizar el siglo, donde emergieron profundas contradicciones sociales que también se reflejaron en el cementerio, donde las diferencias tanto de los deudos, como también de los difuntos, se evidenciaban en los servicios funerarios de primera, segunda y tercera clase (Cartes, 2021, p.66-70).

En el tercer capítulo, denominado “La modernidad y la muerte”, se presenta el tenso proceso de secularización de la sociedad, producto de la propagación de las ideas liberales y el avance del progreso material. El autor reflexiona sobre cómo estos elementos fueron modificando la manera de morir y la percepción del lugar en el cual deben reposar los restos

fúnebres de los seres queridos. Se ejemplifica esta problemática, con las dificultades para erigir un cementerio de disidentes en contraposición a los intereses de la iglesia católica, sumándose el episodio del entierro del coronel Manuel Zañartu, que deja ver las pasiones encendidas de un pueblo que no sabía comprender cuál es el rol de Dios y la iglesia en los asuntos terrenales.

Se desnuda también la cruda realidad de los muertos de Concepción, profundizada por las paupérrimas condiciones de vida de los sectores más humildes de la población y los agudos cuadros de pobreza, miseria y hacinamiento, originando lo que se conoció en aquella época como la cuestión social. Finaliza el capítulo, una conmovedora fotografía del pabellón de párvulos en medio de las ya conocidas inclemencias del clima penquista.

En el cuarto capítulo, el autor se adentra en el siglo XX en aspectos más específicos, como los estilos arquitectónicos, que también encuentran eco en la otra ciudad y suelen perdurar más que en aquella. Con sorprendente lujo de detalles, se enumeran ampliaciones, proyectos y ensanches del camposanto, mostrando la evolución de su conformación hasta la actualidad. Fuentes e imágenes de la época muestran elementos de la vida cotidiana y las actividades económicas que rodeaban el cementerio, como la oferta de ataúdes, lápidas, nichos y sepulturas o los negocios que vendían prendas decorativas que otorgan significación al luto. El autor destaca el rubro de la marmolería como una de las actividades más significativas, mostrando al cementerio como un espacio público que posee una dinámica permanente de prestaciones de bienes y servicios.

El capítulo quinto, situado en los años setentas, se presentan vivencias, anécdotas y relatos de antiguos funcionarios que aportan una visión más nítida en la memoria del cementerio. En los dichos de Aladino Carrillo y otras personalidades, es posible acercarse a la cotidianeidad del cementerio y a sus

múltiples expresiones, como fue el Club Deportivo Cementerio, denominado después Cruz Azul, para no ser asociados al luto y al dolor que se desprende del nombre original.

La cultura popular de los años 70, se deja ver incipientemente para luego dar paso al Golpe de Estado de 1973, donde los funcionarios relatan sus experiencias sostenidas con los militares en periodos de toque de queda. Se mencionan también los recuerdos de velorios y sepulturas, junto con descripciones de los antiguos cortejos fúnebres. Se presentan, además, bellas fotografías de los funerales de Enrique Molina, quien fuera el rector de la Universidad de Concepción.

En los capítulos sexto y séptimo, el autor se enfoca en la gestión de la Corporación SEMCO a partir de 1983 y los desafíos que ha ido superando dicha institución para dar vida al actual cementerio penquista. Se describen las jornadas de trabajo, como también las acciones de los distintos equipos de gestión que, a través de acuerdos alianzas y vinculaciones con otros actores relevantes, han ido fortaleciendo al cementerio, no sólo como un espacio público solemne, sino también desde su valoración tradicional. Se describe, además, una completa relación de sus frontis, accesos, avenidas y plazas principales.

En el capítulo octavo, “El cementerio, memoria de la ciudad”, el autor reflexiona sobre cómo los cementerios han cobrado relevancia y se han revalorizado, citando los ejemplos de diversos camposantos del mundo, los que se han transformado en referentes patrimoniales al ser espacios públicos de memoria y patrimonio. El autor no sólo hace estas reflexiones a título personal, sino que también comparte una amplia contextualización teórica de la relevancia patrimonial que adquieren los cementerios. Dice Armando Cartes que, si bien habían caído en cierto abandono (los cementerios) y, citando sus palabras:

En años recientes se ha revertido este fenómeno, pues muchos recintos

importantes han sido redescubiertos en enorme riqueza histórica y patrimonial. Son un registro abierto de personajes, estilos, símbolos y procesos que han atravesado las sociedades y, desde luego, las ciudades a las que sirven. Se ha estudiado su arte, su arquitectura, pero también, desde disciplinas tan diversas como la antropología, la genealogía o la sociología, se los ha mirado para entender la sociedad del pasado, que custodian sus registros, construcciones y vestigios humanos (Cartes, 2021, p.176)

Se mencionan como ejemplo, los cementerios de París, Lima, Buenos Aires y en nuestro país, Punta Arenas, Santiago y Valparaíso. En todos ellos no sólo se adquiere valor patrimonial por la importancia de la arquitectura de sus bóvedas y edificios, sino también como espacios de memoria individual y colectiva. Este aspecto es fundamental en la propuesta de Armando Cartes, pues a partir de ello, sienta las bases para hacer del cementerio de Concepción un museo a la vista, término que revisaremos más adelante.

En el capítulo siguiente: “Poniendo de pie el patrimonio”, el autor muestra su preocupación por el rescate patrimonial del cementerio, no sólo desde la arquitectura, sino también en la esfera de un espacio público para la memoria histórica. En sus propias palabras:

La historia me había enseñado que la destrucción de los terremotos, iniciada por la naturaleza, era siempre agravada por la desidia, la desesperanza o el aprovechamiento de los contemporáneos, que completaba la labor destructiva de los sismos. Esta vez no ocurriría lo mismo y la

destrucción (del cementerio), simplemente se detuvo. (Cartes, 2021, p.192)

Su determinación queda plasmada en las siguientes palabras: “nada sale del cementerio ni se derriba”, como una muestra de tenacidad por evitar su destrucción patrimonial. Ello, es también un aspecto relevante en el libro, pues en términos prácticos emerge el concepto de museo a cielo abierto, estableciendo una relación virtuosa entre la protección patrimonial y la vigencia social del camposanto, como una alternativa viable y atractiva para el descanso eterno (Cartes, 2021, p.194).

Lo anterior puede constituirse con un estímulo para futuros investigadores que, eventualmente pueden utilizar sus páginas como referente teórico y metodológico en otros espacios públicos que revistan de carácter patrimonial y requieran una apropiada defensa de ellos.

Importante es señalar la importancia que el autor otorga a la gestión comercial, otorgándole sustentabilidad al cementerio, incorporando elementos modernos de mercado y logrando con ello, posicionarlo dentro de un público objetivo que participa en las iniciativas que se han ido generando y acompaña los esfuerzos para impulsar su desarrollo histórico patrimonial, como puede apreciarse en la abultada agenda de inauguraciones, conmemoraciones, actos cívicos y administrativos, tanto de la historia local como nacional.

Finalmente, el último capítulo se centra en la participación de la comunidad penquista en el trabajo de rescate patrimonial de diversos mausoleos o monumentos, dejando en claro que no fue sino con criterios históricos, que se trabajó en su restauración y conservación. El autor menciona que todo se realizó en razón del valor histórico de los monumentos, lo que nos lleva nuevamente a relevar el aporte metodológico del libro, ya que nos muestra cómo desde la historia, se entregan principios teóricos a los distintos equipos de trabajo que participaron en la

reconstrucción, como el respeto a la historicidad, la no falsificación, el respeto a la pátina, la conservación in situ y la reversibilidad.

Con esta claridad, se priorizó y trabajó en tres de los monumentos emblemáticos de Concepción: el mausoleo del general José María de la Cruz; del empresario y filántropo Pedro del Río Zañartu y de la familia Castellón, una de muchas que han contribuido al progreso y desarrollo de la ciudad y cuyo mausoleo contenía obras del escultor Nicanor Plaza.

Por último, se describe con un gran despliegue de detalles, las gestiones y trabajos realizados en los mausoleos de los veteranos del 79, de Herminio González Burgos y el Panteón de la Patria, relevando la importancia de los próceres penquistas que vivieron y participaron de los difíciles momentos de la independencia, fortaleciendo y posicionando de paso, el rol histórico de Concepción en la historia nacional.

Palabras finales cierran el libro y haciendo una breve síntesis, el presente trabajo de Armando Cartes Montory exhibe solidez en todos sus aspectos, acorde a la madurez intelectual de un historiador que posee un extenso currículum de publicaciones, libros, artículos y trayectoria académica de investigación y docencia. Además de dinámico y ameno, estimula propuestas a nuevos investigadores regionales, ya que el rescate patrimonial puede perfectamente extrapolarse a todos los cementerios históricos, en todas las localidades de Chile.

Un aspecto sobresaliente a considerar es el dinamismo con el cual puede leerse el libro, pues conforme se avanza en las palabras de apertura, introducción, detalle editorial y otros elementos, se inicia el capítulo uno y tras sólo cinco páginas de comenzada la lectura, el autor formula una primera pausa, presentándonos la primera microhistoria: “El camposanto de la caridad”, con un relato respecto al primer cementerio de Concepción.

Al retomar la lectura principal, once páginas distan de la segunda microhistoria: "Concepción y el valle de la Mocha en 1672", donde es posible analizar un plano histórico confeccionado en aquel año, con una alta calidad gráfica en la fotografía del documento.

Siguiendo con la lectura principal, sesenta y cuatro páginas son nuevamente interrumpidas por la tercera microhistoria: "Un lema para el cementerio" donde se cuenta cómo en 1918, se realizó un concurso literario para dotar de una inscripción que se fijaría en el frontis del cementerio. Luego de retomar, y tras dos páginas de lectura, el autor nos sorprende con la cuarta microhistoria, "Andrés Lamas, Juan Lozano y el Ángel del Dolor", presentándonos la escultura del autor William Wetmore, que fue replicada en la tumba de Andrés Lamas.

Luego de dos páginas más en el argumento principal, volvemos a encontrarnos, esta vez de manera sucesiva, las dos últimas microhistorias: "Las romerías de antaño" y "Estragos del terremoto de 1939", que nos ofrecen novedosos pasajes que nos permiten conocer otros aspectos de la historia de Concepción.

A partir de ahí, se retoma la lectura profunda y principal, siendo estas microhistorias, además de un adecuado recurso literario, una oportuna estrategia didáctica, que los profesionales de la educación denominan "pausa activa", pues permite hacer un descanso cognitivo, para retomar con nuevos bríos, el argumento principal de la lectura.

Finalmente, podemos mencionar que la calidad gráfica del libro merece una mención aparte. Desde las primeras páginas, hasta el final, encontraremos un gran número de fotografías, desde la reproducción de la obra "los marmolistas" de Pedro Lira, pasando por cortejos fúnebres, planos, fuentes, imágenes coloniales de Concepción, vistas aéreas, catedrales, el puente sobre el Biobío, etc. Toda la ciudad, antigua y moderna está registrada en distintos momentos en las páginas de este bello libro, que otorga al cementerio de Concepción, una expresión historiográfica del patrimonio regional.

